

The cover art features a central character, a young man with a determined expression, wearing ornate, golden and silver armor with a red cape. He is holding a sword. The background shows a stylized, ancient-looking building with a large, glowing golden crystal or gem on the left. The overall color palette is dominated by gold, silver, and red, with a hazy, atmospheric background.

WORLD
WARCRAFT®
THE WAR WITHIN™

LAFEEY
LALLAMA

L. L. MCKINNEY

HISTORIA

L. L. MCKINNEY

ILUSTRACIONES

ZOLTAN BOROS

EDITORIAL

CHLOE FRABONI

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE

COREY PETERSCHMIDT, CHEUNG TAI

ASESORÍA DE TRASFONDO

SEAN COPELAND

CONSULTORÍA CREATIVA

RAPHAEL AHAD, CHRIS METZEN, ABIGAIL MANUEL,
STACEY PHILLIPS, KOREY REGAN

PRODUCCIÓN

BRIANNE MESSINA, ANASTASIIA NALYVAIKO,
TAKAYUKI SHIMBO, VALERIE STONE

TRADUCCIÓN

MERCEDES DEL SOL ACOSTA, LAURA CAMPOS

CORRECCIÓN

LUCÍA PECHLOFF



Blizzard.com

©2025 Blizzard Entertainment, Inc., Blizzard y el logo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. o en otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares e incidentes que se retratan son productos de la imaginación del autor o del artista, o se usan de forma ficticia, y cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

Blizzard Entertainment no ejerce control sobre los sitios web pertenecientes a los autores o a terceros ni sobre su contenido, como así tampoco asume responsabilidad alguna respecto de ellos.

Faerin Lothar estaba sentada en uno de los tres sillones de cuero que ocupaban el espacio fuera de la oficina del Gran Kyron. Era su sillón favorito y lo conocía en detalle; en particular, las muescas del apoyabrazos derecho, donde varios faroleros, consolidados y aspirantes por igual, habían rascado y levantado el barniz, presas de los nervios. Ella misma también lo había hecho.

La luz áurea de Beledar entraba a borbotones por las ventanas altas de la pared más lejana y fraccionaba el pasillo con sus fulgentes rayos transversales. Parecía un refugio de paz y tranquilidad, pero hacía casi una hora que la ansiedad le quemaba el estómago a Faerin, y ahora sentía que comenzaba a extenderse con lentitud hacia el resto del cuerpo. Primero, se apoderó de las piernas, que empezaron a rebotar, y después del brazo, hasta que los dedos empezaron a tamborilear inútilmente contra la rodilla.

Cerró los ojos e intentó concentrarse en otra cosa que no fuera el remolino de sus pensamientos, mientras las palabras de Anduin Wrynn desfilaban por su mente. *Deberías venir con nosotros. Ver el mundo. Dejar que te vea...* La invitación le quedó grabada entre ceja y ceja, al igual que las historias que le contó. Encendieron su imaginación y formaron escenas vívidas del viejo mundo renacido: cuentos sobre héroes y leyendas, mitos como

el de su propio linaje. El apellido Lothar era una herencia a la que había renunciado el día en que se escabulló en el *Ascenso de Ariah* con la convicción de que así evitaría una vida atrapada entre archivos polvorientos y pergaminos decrépitos. Muchísimas leyendas se habían clavado en el corazón de Faerin como astillas, y todas ardían con el fuego de una única verdad: no estaba dispuesta a dedicar su vida al pasado.

Pero lo que Anduin le había contado sobre su familia, que un gran defensor de la gente había llevado el apellido Lothar... ¿Y si ese pasado pudiese revelar su futuro? No con libros, sino con desafíos superados y victorias obtenidas. Las historias en las que los héroes respondían a un llamado que no podían explicar —una causa que escapaba a su comprensión, pero que sabían que importaba mucho más que ellos— siempre calaron hondo en Faerin. Hacían que le zumbara la base del cráneo con una sensación parecida a la que la había llevado al muelle ese día que cambió todo. Un deber. Una orden. Era eso lo que la diferenciaba de su familia. Había oído ese llamado en lo más profundo de su ser, mientras que ellos lo tildaron de un capricho infantil.

Ahora, volvía a oírlo.

Incapaz de contener su inquietud, Faerin se puso de pie y comenzó a caminar de un extremo al otro de la sala. Por fortuna, el resto del edificio estaba en silencio, abandonado por los compañeros faroleros de Faerin, que habían ido a supervisar el inicio de las tareas diarias. Por eso había elegido esa hora: al ser temprano, no la verían enseguida. No quería explicarle a nadie lo que estaba planeando; no quería tener que enfrentarse a su decepción o tristeza. Más que nada, no quería que nadie intentara hacerle cambiar de parecer. En realidad, no lo lograrían. Las únicas personas que podrían haber tenido una chispa de éxito en esa tarea... ya no estaban.

La tristeza invadió el pecho de Faerin, pero la apisonó y la empujó un poco más profundo con cada paso que daba.

—Cálmate —murmuró en el silencio.

Tanto tiempo había creído que la Llama Sagrada la había convocado a Cristalia... Que ella, bendecida en la lucha por la Llama, estaba *destinada* a estar aquí. Pero, en lo más hondo de su ser, siempre alojó un deseo voraz por algo más.

Faerin sintió que se le dibujaba una media sonrisa mientras los recuerdos comenzaban a surgir en la quietud. Dejó que inundaran su mente. Cualquier cosa era

mejor que seguir pensando en sus planes, en todo lo que podría salir mal, y en qué haría si lo peor llegara a suceder.

Los recuerdos del orfanato la envolvieron por completo. Lo deshabitado que estaba en un principio, excepto por Faerin, la única niña de toda la expedición. Apenas una tenue llama de vela en una inmensa caja de yesca. El edificio le parecía enorme en ese entonces, imponente. ¿Quién podría haber imaginado que todo ese espacio podía resultar tan sofocante?

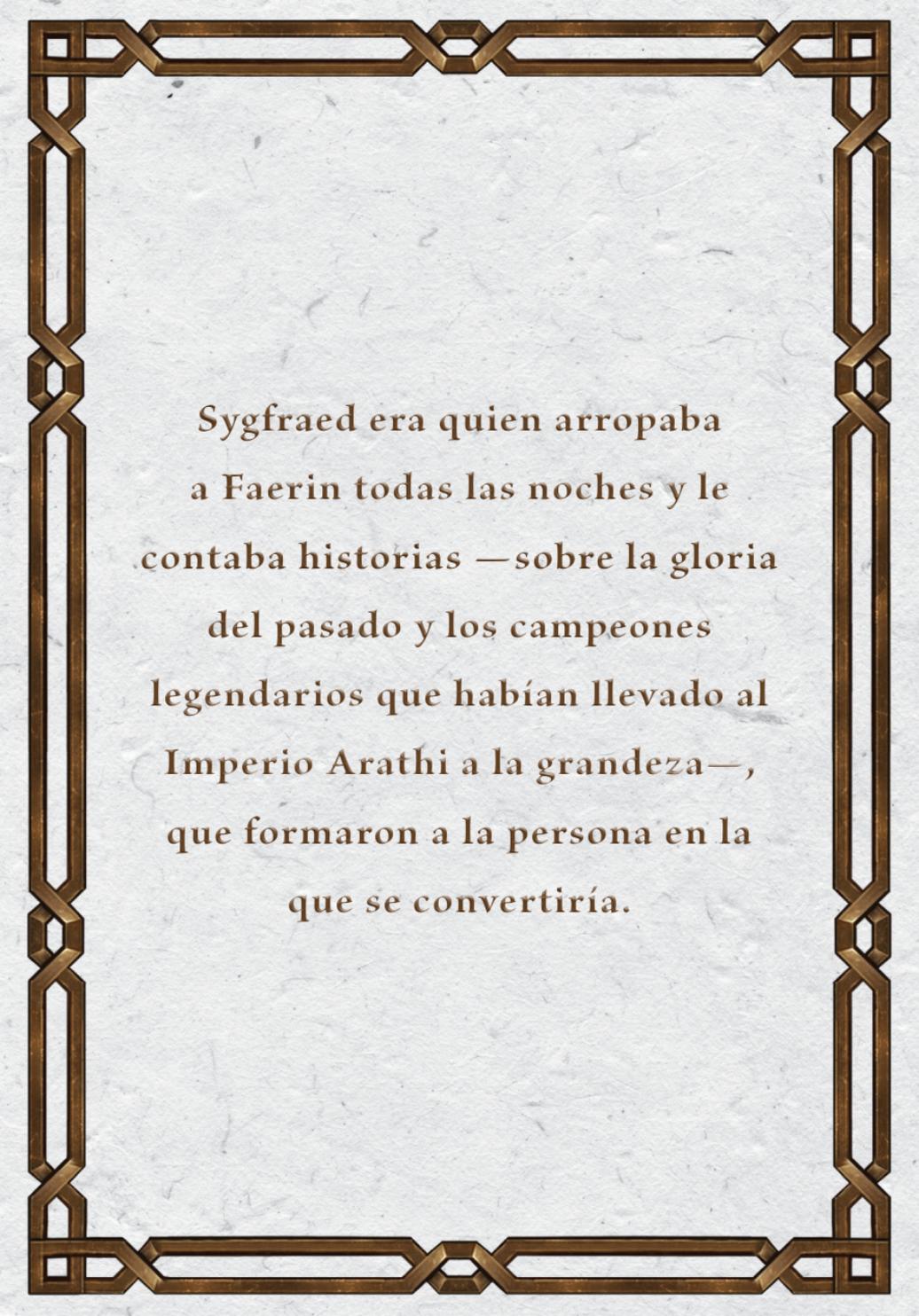
Lo único que la ayudó a sobrellevar esos primeros días fue la compañía de Sygfraed Siegepyr, el cuidador del orfanato de Mereldar. En esos tiempos, al anciano le pesaban menos los años. “He llevado una buena vida”, solía decir. De hecho, decía muchas cosas, sobre todo a Faerin, a quien tenía que gritarle que no corriera ahí, que no se tirara, que no se trepara. Si bien la general Vaclisia Golpacero era la tutora oficial de Faerin, Sygfraed era quien cuidaba de ella a diario en el orfanato, quien se ocupaba de que ella estudiara y memorizara las reglas impuestas por Golpacero. Aunque eso no era garantía de que las cumpliera.

Sygfraed era quien arropaba a Faerin todas las noches y le contaba historias —sobre la gloria del pasado y los campeones legendarios que habían llevado al Imperio Arathi a la grandeza—, que formaron a la persona en la que se convertiría.

—¡Cuéntame una historia de pelea!— le exigió Faerin en una ocasión, después de su baño y vestida con un camisón de algodón ideal para la noche templada. El viento del norte, teñido de cobre, entraba a rastras por las ventanas abiertas y alborotaba las cortinas y los pergaminos llenos de garabatos de las lecciones. Un dibujo de Golpacero, con la cabeza de un lince en lugar de la propia, dejaba entrever que Faerin todavía no había absorbido las enseñanzas del día.

—¡Jo, jo! —exclamó Sygfraed mientras mullía las almohadas abandonadas de la niña, la cara morena encendida de diversión—. Las historias son para *después* de que te metes debajo las mantas. Si no, ¿cómo harán los soñadores para atrapar los pensamientos que se te escapan?

Faerin bufó, se dejó caer sobre la cama y se movió hasta quedar debajo de las mantas, aunque todavía no se recostó. Se acomodó el pañuelo que mantenía las trenzas en su lugar y le lanzó una mirada escéptica al anciano.



Sygfraed era quien arropaba a Faerin todas las noches y le contaba historias —sobre la gloria del pasado y los campeones legendarios que habían llevado al Imperio Arathi a la grandeza—, que formaron a la persona en la que se convertiría.

—Los *soñadores* no existen.

—Claro que existen —dijo Sygfraed con un resoplido, ofendido—. ¿Quién, si no, te trae visiones cuando duermes? Porque eso no es obra de duendecillos.

Dio unas palmadas en la almohada, ahora mullida, y estiró la mano para posarla en un gran tomo que reposaba sobre una mesa cercana.

Faerin contuvo el aliento, pero el anciano solo tamborileó los dedos sobre la tapa, esperando. La niña rio y, por fin, se tapó con la manta hasta la barbilla. Dejó escapar una sonrisa cuando Sygfraed le guiñó un ojo y tomó el libro con las dos manos, que se tensaron con el esfuerzo de cargar el peso.

—Bien —dijo el anciano mientras se apoyaba el enorme tomo sobre las rodillas para abrirlo—. ¿Por qué no probamos con algo menos estimulante?

—Buuu —se quejó Faerin con petulancia ensayada—, ¡pero la pelea es lo mejor!

—Ah, ¿sí?

—¡Sí! ¡Si eres fuerte, peleas! Todo lo demás es *aburrido*.

Sygfraed hizo un ruido con la garganta, que hacía cuando no estaba necesariamente juzgando lo que habías dicho, sino que sugería que lo reconsideraras.

—¿Eso crees? En ese caso, tengo la historia perfecta para hoy.

El hombre abrió el libro y recorrió con los dedos el diseño de enredadera que decoraba los márgenes de la página. Un sutil brillo dorado emanó de la tinta, envolvió el libro y empezó a pasar las páginas rápidamente hasta detenerse más allá de la mitad del texto.

—¡Guau! —exclamó Faerin, los ojos abiertos como platos a causa del asombro. Nunca había visto un libro que hiciera eso—. ¿Sabes hacer magia?

—Lamentablemente, no —respondió Sygfraed, riendo entre dientes. Después, agachó la cabeza y susurró con complicidad—. Pero el libro sí.

Faerin se acomodó más en su lugar, cautivada.

—Esta historia —comenzó Sygfraed, a la vez que le daba unas palmaditas a la página abierta— es muy especial. Está escondida entre todos los relatos de luchas y batallas, casi olvidada debido al juramento de los Guardianes de secretos, los protectores de nuestros secretos más secretísimos.

A sus ocho años de edad, Faerin estaba pendiente de cada palabra, por más

absurda que fuera. Esa, claro está, es la magia de contar historias.

Sygfraed se aclaró la garganta con aire teatral y empezó a leer:

—“La balada de Craishae, la Primera Llama: La historia de la reina perdida de Arathor”. Cuenta la leyenda que Craishae era hija de reyes, descendiente del mismísimo Thoradin.

»Es tu antepasada —exclamó Sygfraed, señalando a Faerin con un ademán de la mano.

Ella no pudo contener un grito ahogado de asombro.

—¡Jamás había oído hablar de ella!

—Pocos conocen su historia —repuso su cuidador—. Este es uno de muchos mitos sobre la reina. —Y continuó con la lectura—: Craishae fue una niña traviesa, llena de energía y pasión. Era perspicaz e inteligente, pero, muchas veces, abandonaba el estudio y sus obligaciones para jugar y aventurarse en la naturaleza.

»Me hace acordar a alguien que conozco —acotó Sygfraed con tono reprobador—. Craishae era la hija mayor de su padre, nacida de su unión con una dama de Quel’Thalas. Amaba la naturaleza, y dedicaba gran parte del tiempo a explorar los bosques y ríos de su tierra y a socializar con toda clase de seres y criaturas. A pesar de su noble alcurnia, Craishae valoraba el tiempo que pasaba junto a su pueblo. Le tenían muchísimo respeto, aunque ella rechazaba cualquier tipo de trato especial. Se le daba bien pelear, y tenía un talento natural para la magia arcana.

»Craishae era la hija mayor de su padre, nacida de su unión con una dama de Quel’Thalas. Amaba la naturaleza, y dedicaba gran parte del tiempo a explorar los bosques y ríos de su tierra y a socializar con toda clase de seres y criaturas. A pesar de su noble alcurnia, Craishae valoraba el tiempo que pasaba junto a su pueblo. Le tenían muchísimo respeto, aunque ella rechazaba cualquier tipo de trato especial. Se le daba bien pelear, y tenía un talento natural para la magia arcana.

»Cuando Craishae cumplió la mayoría de edad, cayó sobre la tierra una terrible maldición que contaminaba todo lo que tocaba y convertía a todos en bestias violentas. Muchísimos hogares y aldeas quedaron divididos, pues la traición se volvió moneda corriente. El reino sufría un asedio desde afuera, pero también desde adentro.

»En el punto más álgido del conflicto, un ejército de criaturas retorcidas logró

franquear el Muro de Thoradin, que había sido un centinela inquebrantable durante generaciones. Al ver la devastación de su tierra, Craishae juró usar todo su poder y habilidades para proteger el reino. Encontraría la fuente mágica de la maldición y la erradicaría.

»En los meses que siguieron, luchó incansablemente batalla tras batalla, en las que obtuvo victorias épicas y ayudó a otros a reponerse de dolorosas pérdidas. Fue durante una de estas escaramuzas, en un momento en que los monstruos habían rodeado a la princesa y a sus aliados, que Craishae liberó un torrente de llamas y Luz nunca antes visto. Cuando el humo y el polvo se dispersaron, pudieron observar que la princesa ahora empuñaba una espada y un escudo de fuego. Con su armadura luminosa y sus armas ardientes, Craishae parecía capaz de blandir el poder del sol.

Faerin se había imaginado a esta guerrera brillante, su antepasada, con la piel cálida y oscura como la suya; una figura que emanaba poder.

—Aunque la princesa emergió triunfante, el tiempo seguía en su contra. La maldición se esparció, y la guerra no hizo más que empeorar. Una fuerza oculta estaba potenciando el encantamiento, que cada vez llegaba a más lugares. Las defensas comenzaron a flaquear. Todo parecía perdido.

»Pero una noche, mientras dormía en un campamento cerca del frente, la princesa Craishae recibió la visita de una entidad de luz, que le confirió una visión y le habló de un lugar oculto en terrenos salvajes. Un templo donde confluían el corazón del mundo y el ojo del cielo. Pero solo ella poseía la fuerza necesaria para encontrarlo. Solo su alma verdadera sería capaz de canalizar su poder.

»Fue así que Craishae partió en una misión solitaria. Se abrió paso por el continente a punta de espada, luchando contra diablos y demonios, mientras rezaba por que su pueblo resistiera un día más. Cuando llegó al templo oculto, subió los escalones de la entrada, exhausta y maltrecha pero lista para enfrentarse a quien fuera que se interpusiera en su camino. Sin embargo, cuando llegó a la sala central, descubrió que la estaba esperando el ser de luz de su sueño: una mujer que vestía una túnica de polvo estelar y velaba atentamente una poza de luz y fuego arremolinados. La mujer levantó la mirada, y su cara mutó. De elfa a humana, de humana a trol y de trol a elfa nuevamente. Cada vez que se movía, su apariencia cambiaba.

»La mujer se presentó como la Sucesora, y explicó que había percibido *algo* en Craishae. Algo que le indicaba que estaba dispuesta a luchar para defender a otros. Esa fuerza sería muy necesaria en tiempos venideros, y el reino de Crishae dependía de ella para sobrevivir. 'Por eso te guie a este lugar sagrado. Para darte las armas con las que derrotar esta pesadilla', declaró la Sucesora.

»La princesa casi colapsó del alivio. Confesó que había viajado tan lejos con la esperanza de encontrar el poder que salvaría a su pueblo, y, finalmente, la búsqueda había llegado a su fin.

»No obstante, cuando la Sucesora oyó esas palabras, se mostró decepcionada. Si lo único que buscaba Craishae era poder, entonces tanto ella como su pueblo caerían ante la maldad que estaba colonizando el mundo.

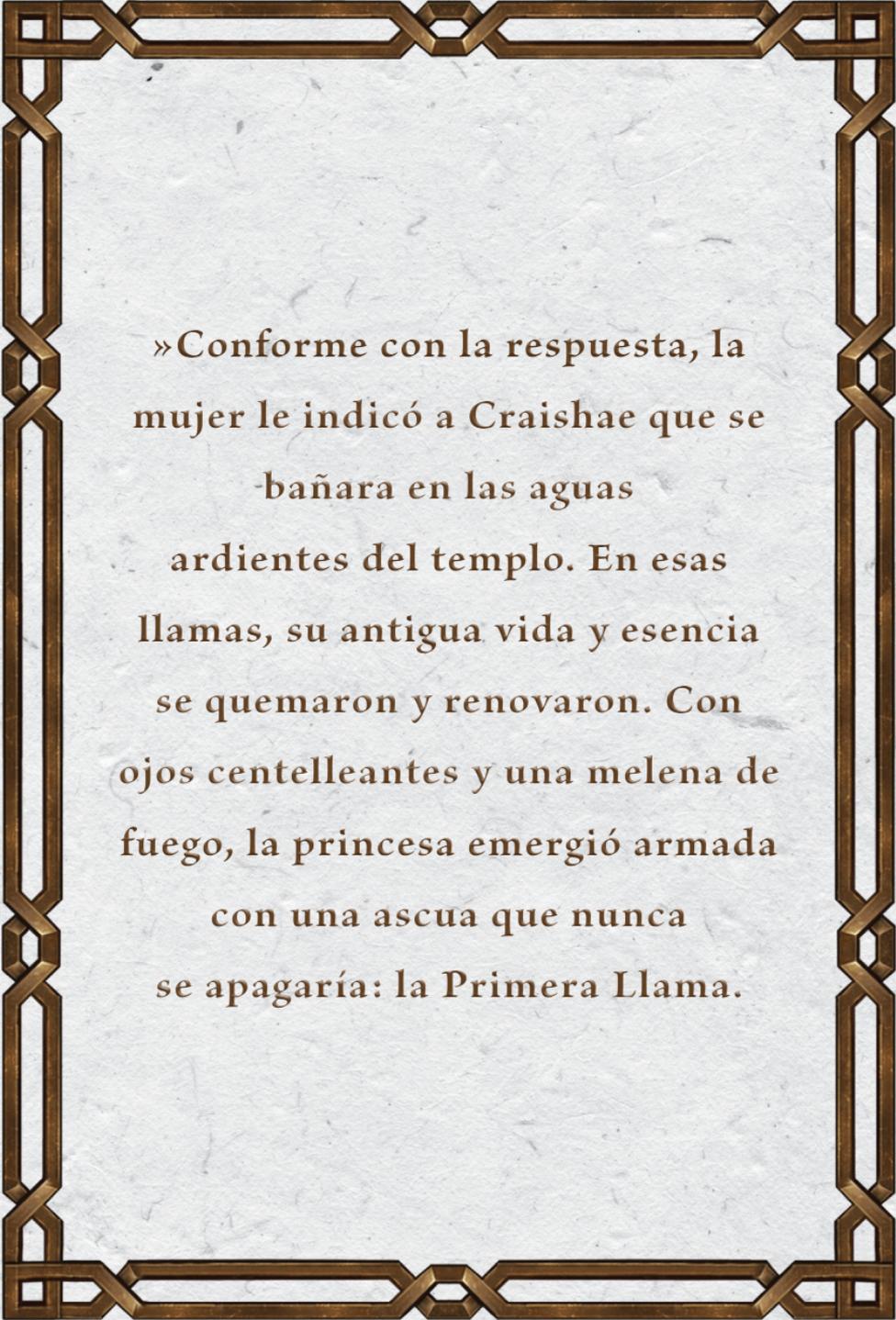
»Pero la princesa corrigió a la mujer. 'No vine aquí en busca de poder', declaró la princesa Craishae. 'Fue por un propósito. Ayúdame a salvar a mi reino de esta vileza, y dedicaré mi vida a la defensa de *todas* las tierras'.

»Conforme con la respuesta, la mujer le indicó a Craishae que se bañara en las aguas ardientes del templo. En esas llamas, su antigua vida y esencia se quemaron y renovaron. Con ojos centelleantes y una melena de fuego, la princesa emergió armada con una ascua que nunca se apagaría: la Primera Llama.

»Ten en cuenta que, en ese momento, no existían los paladines —explicó Sygfraed—. Había muchos magos, sí, pero cuando Craishae regresó con el ascua, fue capaz de blandir tanto la Luz como el fuego para repeler el mal que había intentado colonizar su tierra. La reina incluso logró purificar a quienes habían caído presas de la maldición y los devolvió a su estado original.

»Tras haber ganado incontables batallas y reinado muchos años, Craishae les legó el trono a sus hijos, quienes también habían heredado una parte del ascua que ardía en su interior. Tiempo después, compartieron su conocimiento con el pueblo para iluminar el camino que debían seguir. Craishae, por su parte, juntó el poder que le quedaba y salió en busca de la fuente de la maldición, para purgarla de una vez por todas y asegurar el futuro de su reino y del mundo entero.

»Los avistajes de la antigua reina se espaciaron cada vez más, hasta que llegó un punto en el que nadie supo adónde había ido. Y, con el tiempo, se convirtió en un



»Conforme con la respuesta, la mujer le indicó a Craishae que se bañara en las aguas ardientes del templo. En esas llamas, su antigua vida y esencia se quemaron y renovaron. Con ojos centelleantes y una melena de fuego, la princesa emergió armada con una ascua que nunca se apagaría: la Primera Llama.

personaje de leyenda, protagonista de relatos como este mismo —murmuró Sygfraed mientras cerraba el libro, cuyo brillo centelleó por un momento y luego se extinguió.

Faerin no pudo dormir esa noche. Esperó hasta el amanecer para escabullirse de la cama y buscar la historia, pero no tuvo éxito: jamás volvió a encontrarla.

Aun así, la reina Craishae y su leyenda vivían en el corazón de Faerin y alimentaban su espíritu. Tal vez, había heredado de su antepasada la necesidad de ir hacia adonde sentía que la guiaban, de hacer lo que pudiera por su gente. Por su fe.

Una fe que había llevado a Faerin hasta la otra punta del mundo, tal vez, aun más lejos.



—¿Faerin?

El sonido de una voz tan cercana la extrajo de sus recuerdos de sopetón. Faerin se dio vuelta y se topó con la cara conocida de su compañera farolera Meradyth Lacke.

—Meradyth —suspiró Faerin.

—¡Conque estabas aquí! —exclamó Meradyth, acercándose.

—Vine hace un rato. Hay algo de lo que quiero hablar con el Gran Kyron.

Faerin se apoyó contra la pared con actitud relajada, como si no hubiera estado hecha una bola de nervios hacía instantes.

—Acabo de verlo. —Meradyth hizo el ademán de mirar hacia atrás por encima del hombro, pero se detuvo—. Fue a hablar con Anduin. Parece que él y los otros se van a ir pron-

—Sí, ya sé —la interrumpió Faerin.

Meradyth hizo una pausa y arrugó la nariz. Una expresión que Faerin reconoció con facilidad.

—¿Pasa algo? Te veo... nerviosa.

Faerin notó que estaba frunciendo el ceño cuando ya era demasiado tarde para evitarlo.

—Ah, ¿de verdad?

Meradyth solo sonrió. Una sonrisa pequeña y sincera.

—Sí. ¿O quizás *inquieta* es la palabra adecuada?

En cierto modo, le estaba ofreciendo un escape. Aceptarlo implicaría confesar, pero también implicaría el fin del interrogatorio. Meradyth dejaría que Faerin se decidiera a contarle a su tiempo.

La suya era una amistad inesperada, producto de haber compartido el entrenamiento, el ascenso por los distintos rangos y la jura de la chispa. La desconfianza inicial había dado paso a una camaradería genuina. Lo único que le molestaba a Faerin de Meradyth era *lo bien* que la antigua reservista la conocía.

—Con todo lo que ha pasado, cualquiera estaría inquieto —contestó Faerin, evasiva.

—Sí, cualquiera *excepto tú*. —Meradyth se cruzó de brazos y arqueó una ceja. Llevaba el pelo rubio plata tan tirante que la expresión pareció dolorosa—. Tienes una fe inquebrantable.

—Y eso sigue siendo verdad. —Faerin se dirigió a la fila de sillones y volvió a sentarse en el del medio—. Solo deseo hablar de algo que pasó durante el enfrentamiento con la Emisaria.

Meradyth borró la sonrisa presumida que había empezado a esbozar.

—Vamos, dime. ¿Qué está pasando?

Faerin mantuvo la cabeza gacha para que Meradyth no pudiera escrutar su cara e intuir la verdad.

—No pasa nada, de verdad. No hay motivo para preocuparse.

Meradyth miró a Faerin una vez más, decidiendo si creerle o no. Al final, hundió los hombros y se desinfló, dolida.

—Si tú lo dices... Cuando termines de hablar con Kyron, deberías venir con nosotros a la posada.

—¿“Nosotros”?

—Regald quiere contarnos algún infortunio, y Nalina prometió invitar una ronda después de todo lo que ha pasado. Serías más que bienvenida.

—No sé si voy a tener tiempo... —murmuró Faerin para sí misma.

Las dos quedaron suspendidas en el tiempo un momento. Después, Meradyth se cruzó de brazos.

—No... piensas irte, ¿o sí?

Faerin despegó la mirada de las muescas del sillón y alzó la cabeza con brusquedad.

—¿Q-qué?

—Ay, Llama, dame paciencia. —Meradyth se llevó una mano a la cara y presionó el puente de la nariz—. Tienes esa mirada. La misma que pusiste cuando saliste detrás de Ry-

El comentario tomó por sorpresa a Faerin. Solo atinó a mirarla fijo, sin saber qué decir.

Meradyth siguió, antes de perder el coraje o de que Faerin la interrumpiera:

—Nadie tiene más fe y fervor que tú. Hasta podría decirse que es imprudente. Pero está claro que lo que sea que te guía lo hace porque eres *digna*. Lo has sido desde el inicio, cuando la sombra nos alcanzó por primera vez. Y, si bien no puedo confiar en entidades desconocidas, sí puedo confiar en ti. Tú fuiste quien encendió la Llama Sagrada en mí después de pasar años muerta de miedo en la oscuridad. Si hay algo que te mueve, no dudo que será en la dirección correcta. Pero, al menos... Al menos, trata de ahorrarnos el sufrimiento de otra ausencia repentina.

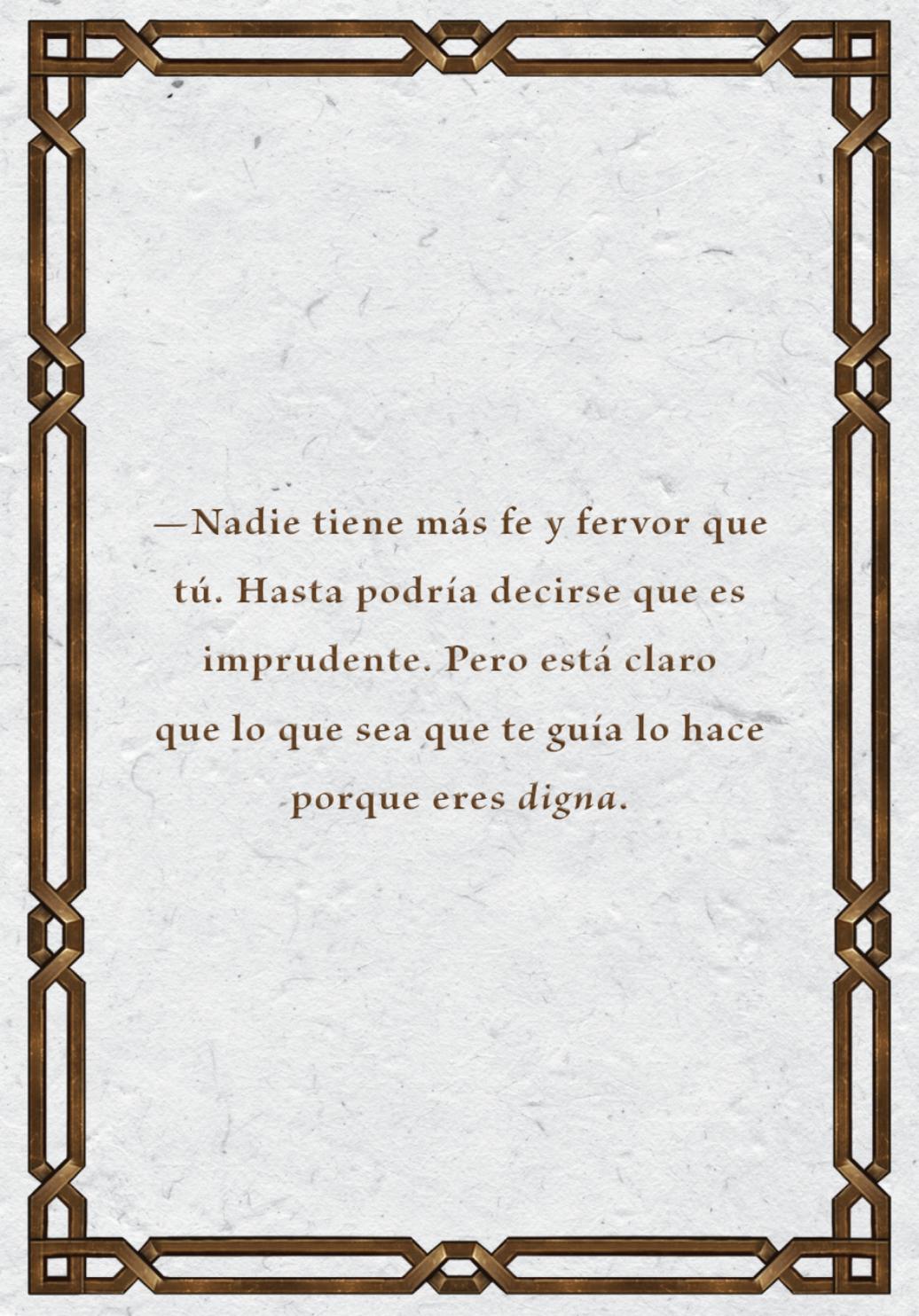
Dicho eso, Meradyth hizo un gesto brusco con la cabeza y se fue con paso firme en la dirección que había venido. Faerin la vio irse.

Porque eres digna. Desde el inicio, cuando la sombra nos alcanzó por primera vez.



Faerin recordaba vívidamente esa noche, cuando la Llama Sagrada cobró vida en su interior y Cristalia cambió para siempre. El orfanato ya no estaba tan vacío en esa época. La gente había retomado el cauce normal de la vida: habían formado parejas, hecho promesas, tenido hijos. Pero la guerra continuaba. Los nerubianos y los kobismales no cesarían sus ataques solo porque los arathi habían decidido construir una vida aquí. Una vida que, con mucha frecuencia, terminaba antes de tiempo.

Las circunstancias que llevaban a los niños al orfanato nunca eran felices, pero Faerin había aprendido que, aun así, ese lugar era una bendición, un hogar que los



—Nadie tiene más fe y fervor que tú. Hasta podría decirse que es imprudente. Pero está claro que lo que sea que te guía lo hace porque eres *digna*.

estaba esperando. Y ella haría todo lo posible por convertirlo en un lugar cálido y acogedor.

Esa noche en particular, Faerin se había dispuesto a contarles un cuento a los niños mientras Sygfraed se ocupaba de otros asuntos. Cada vez era más común que el anciano tuviera que encargarse de labores administrativas, como la gestión de los suministros, la comida, la educación y el entrenamiento de los más pequeños. Al final, era bastante trabajoso administrar un orfanato bajo tierra. O, al menos, de eso se quejaba Sygfraed todo el tiempo.

Ese momento también coincidió con la etapa más rebelde de Faerin. La adolescencia había encendido en ella un nuevo fuego que amenazaba con quemar todo cada vez que alguien la veía o la trataba como una niña. Cuidar a los más pequeños era un alivio; una nueva responsabilidad, el deber de proteger a los más indefensos. Pero era agotador. Además, sabía que podía hacer *más*. Tenía talento para muchas cosas, no solo para leer cuentos.

Por suerte, le gustaba leer cuentos.

—Ah, este es bueno —dijo Faerin, triunfante, después de hojear todo el libro por milésima vez con la esperanza de encontrar las páginas sobre la reina perdida. Esperanza, una vez más, frustrada.

Sin embargo, se topó con el cuento de un dragón que le enseñaba magia a un príncipe. Las historias que incluían hechizos y criaturas míticas solían tener bastante éxito, pero, ese día, su público esperaba otra cosa. *La cena*. Y ninguna de las lecciones había preparado a Faerin para controlar un grupo de niños hambrientos.

Apoyó el libro en su regazo y se sentó derecha para sostenerlo con el torso. Así, podría usar la mano para dar vuelta la página, luchar con espadas imaginarias o arañar el aire como un monstruo mágico. Ese día, estaba personificando a un dragón azul de escamas luminosas y alas relucientes. El cuento no daba tantos detalles, pero, si iba a tener alas imaginarias, tenían que ser brillantes.

Faerin comenzó a recitar la historia con voz cantarina:

—El príncipe vio al dragón y, en ese momento, supo que había encontrado a su maestro. “¡Oh, todopoderoso!”, exclamó el príncipe... ¡Molly! Molly, no te pongas eso en la... agh. ¡Un momento! —Dejó el libro en la silla y fue hasta la pequeña niña

morena que había cumplido tres años la primavera pasada. Faerin se acordaba de todos los nombres y de los cumpleaños. Alguien tenía que hacerlo. Era importante—. Basta, Moliána. ¡Estoy segura de que la cena va a ser mucho más apetitosa que un bloque de madera! —Se arrodilló en el suelo y trató de sacarle el juguete a la niña, que resistió con valentía, los ojos anegados en lágrimas. Esa mirada fue un disparo directo al corazón de Faerin—. Ay, está bien —le dijo, derrotada, sonriendo mientras la niña chillaba de alegría. Por suerte, eligió jugar con el bloque en lugar de comerlo.

Faerin se levantó y volvió a la silla para continuar la lectura, pero le llamó la atención la actividad que se veía fuera de la gran ventana que daba al frente. Los soldados de Golpacero pasaron corriendo. Debía de ser un simulacro. O los reservistas se habían quedado de más en la posada y se les había hecho tarde para ir a entrenar.

—Alguien está en problemas —canturreó Faerin por lo bajo antes de estirar la mano para volver a sacar el bloque de madera de la boca de Molly. La niña comenzó a berrar y Faerin hizo una mueca de dolor, pero rápidamente metió la mano en el bolsillo de sus pantalones para sacar un paquete.

Refregándose los ojos oscuros y sorbiendo por la nariz, Molly observó el trozo de pan de miel que había aparecido en la palma de Faerin. No era fresco, pero todavía estaba bien. Faerin había decidido guardar su porción en vez de comerla al ver a Sygfraed cabizbajo durante la cena dos días seguidos.

Los otros niños se dieron cuenta de lo que estaba pasando y se acercaron. Faerin apoyó la tela para que todos pudieran servirse. Sintió una calidez en el pecho cuando vio que se les iluminaban las caritas mientras comían. Ni siquiera le importó que estuvieran dejando migas por todas partes; de todos modos, ya tocaba barrer el primer piso. Y esas cosas valían la pena.

—Es un secreto entre nosotros, ¿está bien? —dijo con una risa cómplice, y se llevó un dedo a los labios.

Los niños rieron y, como siempre hacían, emularon su gesto.

Peró, mientras el ánimo mejoraba, la habitación se ensombrecía. El cambio fue gradual. La luz empezó a desvanecerse como si el sol se hubiera escondido detrás de las nubes. Después de tantos años, Faerin todavía recordaba el sol. Apenas, pero lo recordaba. Cómo salía y se ponía. El atardecer, que daba paso a la noche.

Las sombras parecían haber sido las primeras en notar lo que estaba pasando. Se alargaron como si estuvieran despezándose. Bailaron y titilaron cuando la única fuente de luz pasó a ser el fogón de la cocina. A medida que se fue apagando la luz, también se fueron apagando las voces. Todos los niños se callaron al mismo tiempo. Y eso nunca pasaba, a menos que estuvieran durmiendo.

Sygfraed se alejó del fogón, cucharón en mano. Sus pasos retumbaron como truenos en el silencio trémulo.

—Quédense donde están —les indicó mientras se dirigía a abrir la puerta para ver qué pasaba afuera.

Faerin les hizo un gesto a los niños para que no se movieran y se acercó a la ventana grande que miraba a la plaza.

La gente estaba parada en la calle, sus idas y venidas en pausa, algunos con canastos o bolsas en la mano. Hasta se había detenido un carro tirado por un lince imperial. Todos estaban mirando en la misma dirección, *hacia Beledar*, con distintas expresiones de incredulidad, estupor o terror.

Faerin entrecerró los ojos y se pegó al vidrio, tratando de ver qué era lo que estaban mirando todos.

—¡Faerin Lothar, aléjate de esa ventana! —gritó Sygfraed, que cruzó la habitación y empezó a guiar a los niños al sótano.

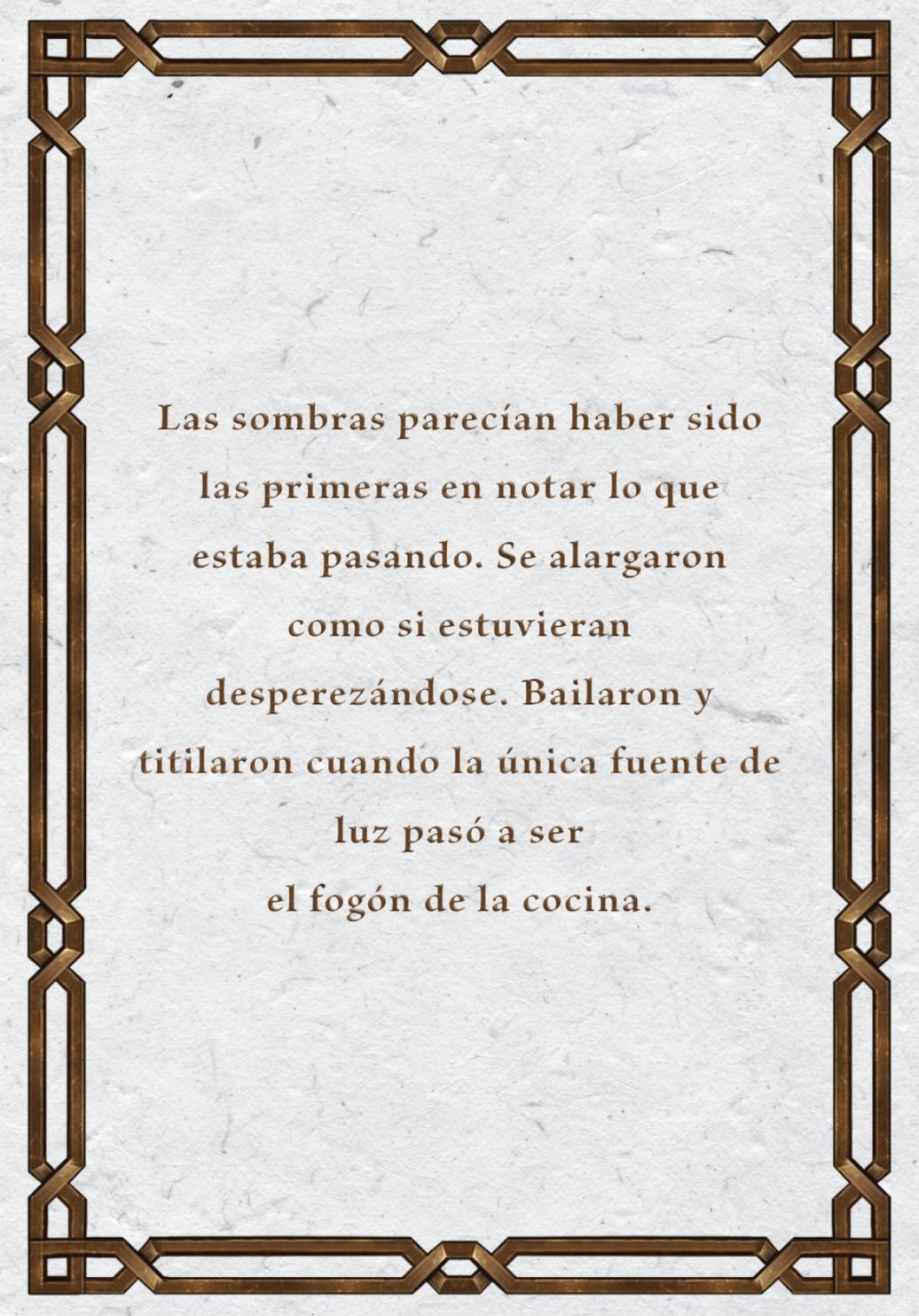
Faerin se sorprendió. Aun cuando la reprendía, el anciano no solía alzar la voz.

Abrió la boca para protestar “¡Solo estaba mirando!”; pero antes de que pudiera decirlo, la ventana estalló en una lluvia de vidrio y madera y metal chirriante. El aire se llenó de gritos y un paladín cayó con fuerza dentro de la habitación.

Chocó contra la pared del fondo y se desplomó en el piso, la lanza y el escudo inútiles en sus manos inertes. La armadura tenía varias hendiduras descomunales, negras y rojas y cubiertas de sangre. Afuera sonó un grito victorioso, agudo e inhumano, y Faerin sintió que se le helaba la sangre.

Nerubianos.

—¡Faerin! —gritó Sygfraed, mientras indicaba a los niños con urgencia que bajaran. Podrían esconderse en el sótano hasta que pasara el ataque. Trabrar la puerta y esperar.



Las sombras parecían haber sido
las primeras en notar lo que
estaba pasando. Se alargaron
como si estuvieran
desperezándose. Bailaron y
titilaron cuando la única fuente de
luz pasó a ser
el fogón de la cocina.

Pero antes de que Faerin pudiera ponerse a salvo, una sombra cubrió la habitación. Una monstruosidad de múltiples extremidades se erigía en el espacio donde antes había estado la ventana. Parada sobre las patas traseras, su cuerpo bulboso parecía salido de una pesadilla. Sus mandíbulas chasqueaban y los muchos ojos brillaban con malicia con la tenue luz del fuego, que estaba extinguiéndose.

Asegurar todas las puertas. Tomar un arma, buscar una posición fácil de defender y ponerse a cubierto. Faerin podía recitar de memoria las instrucciones que Golpacero le había dado a todos los habitantes de Cristalia en caso de un ataque. Se zambulló detrás de una mesa que estaba tumbada de lado y apretó la mano contra la boca para no dejar escapar el sollozo que amenazaba con salir. Del otro lado de la habitación, vio las últimas maniobras frenéticas de Sygfraed, que cerró la puerta para salvar a los niños que habían bajado al refugio.

Ahora, no quedaba nadie más que ella, el monstruo y el paladín inconsciente.

El nerubiano avanzó, acechante, y Faerin se encogió sobre sí misma, el corazón latiéndole en los oídos, el miedo tomando cada nervio de su cuerpo.

—Se acerca la muerte —gruñó una voz de ultratumba, acompañada de chasquidos y un silbido ronco.

El terror se solidificó en el estómago de Faerin y amenazó con aplastarla contra el suelo. Podía correr. Tratar de alcanzar la escalera del fondo que la llevaría a los dormitorios. Esconderse en un armario o guardarropa y rezar que la puerta aguantara hasta que viniera alguien a ayudar.

Un quejido débil llamó la atención de Faerin, que abrió los ojos de par en par. Y no fue la única que lo oyó: el nerubiano también giró hacia el lugar de donde había venido el sonido. Allí, saliendo a rastras de debajo de una silla caída, estaba la pequeña Molly. La niña gimoteó, al borde de las lágrimas. Faerin *conocía* ese sonido, lo había escuchado más veces de las que podía contar. La niña era incapaz de guardar silencio, y ahora eso mismo estaba poniendo su vida en peligro.

La mente de Faerin trabajaba a toda máquina y el corazón le estallaba en los oídos. No había nadie más. Si los monstruos habían avanzado tanto sobre Mereldar, todos los soldados estarían ocupados, luchando. No había nadie a quien acudir. Y la luz de Beledar ya era demasiado tenue, incapaz de protegerlos de los peligros de la oscuridad.

Nada.

Ni nadie.

“Pero yo estoy aquí”, protestó con ira una voz dentro de Faerin. Les había prometido a Molly y a los otros niños que cuidaría de ellos. Había aseverado que la Llama Sagrada siempre protegería a los más necesitados, como los héroes de las historias que leían. Como Craishae había protegido a su pueblo en medio de la guerra, en medio de la matanza.

Mientras haya alguien que la lleve...

... siempre arderá una antorcha en la noche.

Con los ojos apretados, Faerin respiró hondo. El calor dentro de su centro se intensificó y quemó el miedo que la había dejado helada. Se puso de pie al mismo tiempo que el nerubiano se acercó a Molly, quien finalmente alzó la cara. Los ojos castaños se abrieron, llenos de pánico. Faerin sintió que la invadía una determinación repentina, como un infierno que avanzaba sobre la noche.

El nerubiano se inclinó hacia Molly.

Faerin se lanzó hacia ellos.

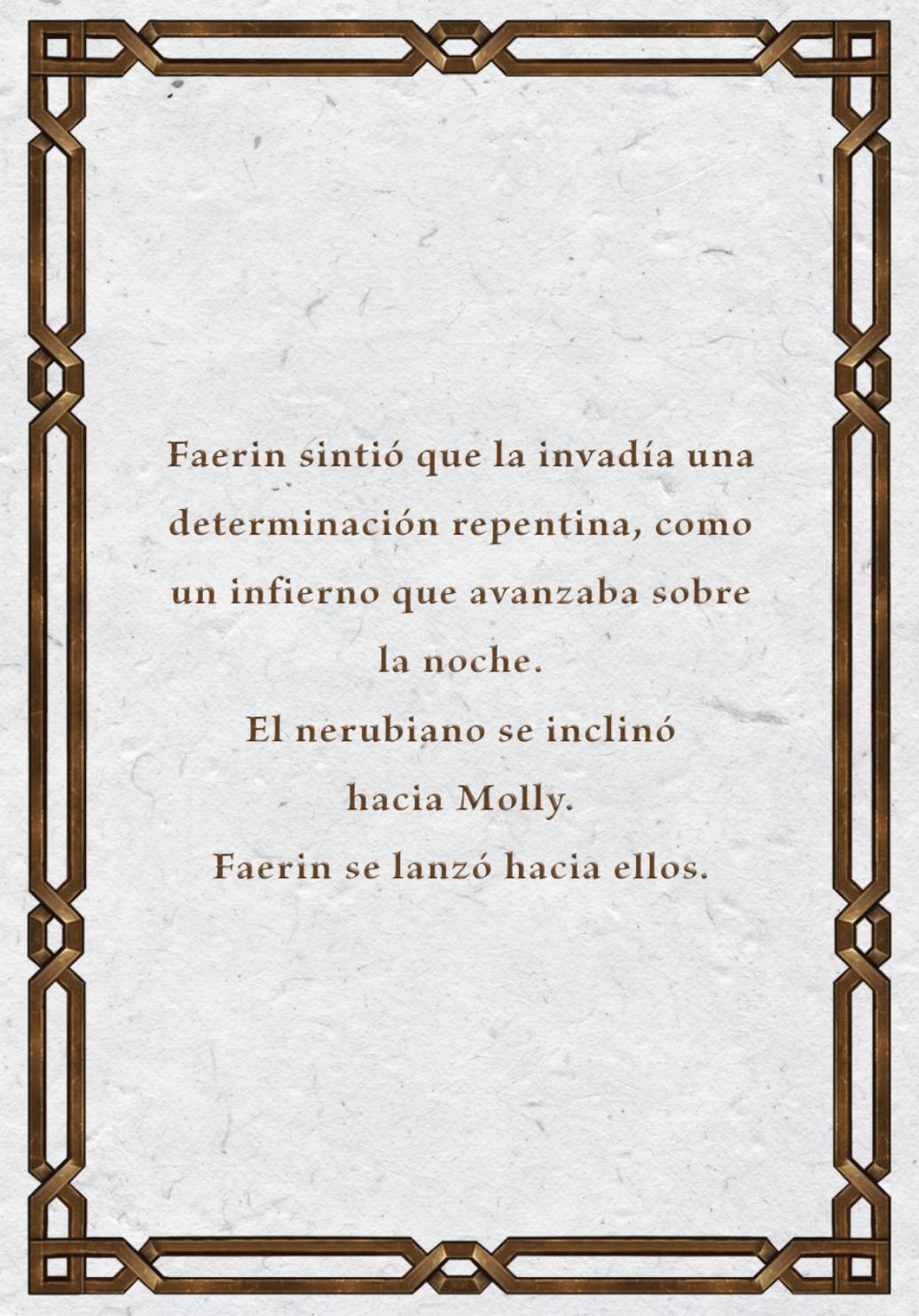
El aullido de su garganta arremetió hacia delante. Solo vio un resplandor cuando se interpuso entre las garras monstruosas y la niña. La criatura gritó. Ella se preparó para el dolor.

Pero no pasó nada.

Parpadeó, abrió los ojos, y el estupor se le atoró en la garganta. Un domo resplandeciente las envolvía a ella y a Molly, y la fuente era la palma de su mano alzada, que ahora brillaba con una luz dorada. El nerubiano seguía golpeando contra el escudo, pero era en vano; la Luz no dejaba que los ataques las alcanzaran.

El monstruo chilló de frustración, molesto porque le estaban negando la cena, pero el sonido se cortó en seco. Una lanza atravesó su cuerpo y la punta emergió del pecho con una explosión de icor espeso que salpicó el piso y se evaporó al tocar el domo. El monstruo, en su desesperación por salvarse, siguió cortándose las extremidades con el filo de la lanza. La agonía fue un concierto de chillidos y chasquidos que culminó cuando la criatura se desplomó sobre un charco de sus propios fluidos.

Y de pie sobre el cuerpo, aferrado a la otra punta de la lanza, estaba el paladín



Faerin sintió que la invadía una
determinación repentina, como
un infierno que avanzaba sobre
la noche.

El nerubiano se inclinó
hacia Molly.

Faerin se lanzó hacia ellos.

que antes había volado por los aires. Respiraba con agitación detrás del casco de su armadura, la mirada fija en Faerin. Al principio, sus ojos denotaron confusión, pero, una vez que comprendió lo que había sucedido, le dedicó una mirada de admiración. La primera de muchas que le dedicaría en los años por venir.

—Estás... haciendo eso tú sola —dijo, la voz débil y dolorida.

Faerin solo pudo asentir mientras bajaba la mano con lentitud. El gesto hizo que el domo y la Luz de sus dedos desaparecieran.

Molly gimió, abrazada a la pierna de Faerin.

—Increíble —dijo el paladín. En ese momento, un coro de gritos lo distrajo. Se dio vuelta, el arma lista, pero casi instantáneamente se tambaleó del alivio.

—*¡Adelante!* —exclamó una voz, que a menudo criticaba a Faerin por su desempeño académico.

La general Golpacero, acompañada de un contingente de soldados, avanzó en una ráfaga organizada de flechas y espadas. Los nerubianos que todavía quedaban en la calle huyeron chillando hacia la oscuridad o perecieron bajo sus armas.

—Gracias a la Llama —suspiró el paladín, y se quitó el casco. Faerin lo reconoció. Era Ryton Blackholme, uno de los miembros más jóvenes de la expedición, hábil tanto para blandir las espadas como para forjarlas. Faerin no conocía a todos los soldados bajo el mando de la general, pero sí a los que tenían una buena reputación. Ryton miró a Molly y después a Faerin. —¿Alguna de las dos está herida?

Faerin logró negar con la cabeza, pero Molly solo siguió pegada a ella.

—Bien —dijo, y la tensión pareció abandonarlo a medida que se acercaban los gritos de los soldados.

Al verlo relajarse, Faerin sintió que el puño de miedo que le estrujaba el corazón empezaba a aflojarse. Había logrado resistir ante los monstruos de la oscuridad.

—Faerin, ¿verdad? —dijo Ryton, la voz un poco áspera.

Ella asintió. No le sorprendió que el soldado supiera quién era. Como había sido la primera y única niña del asentamiento, la mayoría de los habitantes la conocían. Sobre todo, por los dolores de cabeza que le daba a la general Golpacero.

—Tienes coraje —continuó—. Y parece que eso no es lo único.

Así y todo, ni Sygfraed ni la general celebraron la valentía de Faerin. Ambos

coincidían en que la joven no tenía el entrenamiento adecuado para combatir, y que tendría que haber seguido el protocolo. Pero no había duda de que más de una persona había conservado la vida gracias a su coraje. Fue por eso, y por el talento que acababa de demostrar al canalizar la Llama Sagrada, que la general —a regañadientes— la dejó empezar el entrenamiento oficial de guerrera.

En los meses que siguieron, se pusieron en marcha las reparaciones del orfanato —en el lugar donde estaba la ventana rota, erigieron una pared de madera fortificada—, pero Faerin pasaba cada vez menos tiempo ahí. Había encontrado un nuevo camino, que la conduciría adonde estaba hoy.

Su mente saltaba de un recuerdo al otro: su primer día de entrenamiento como soldado, el día que luchó por última vez con Ryton a su lado, el momento de la jura para convertirse en farolera y llevar la Luz con ella a las entrañas de la oscuridad.

Y este momento, en el que pediría llevar la Luz todavía más allá.

—Faerin, ¿me estabas esperando? —preguntó una voz.

Por segunda vez en el día, la tomaron por sorpresa. El Gran Kyron se había detenido cerca de ella, la expresión divertida y curiosa, aunque con un dejo de preocupación.

Faerin se puso de pie de un salto e inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Perdón, eh... Quería hablar con usted, de ser posible.

—Por supuesto. —Hizo un gesto para ella lo siguiera a la sala de reuniones. No había mucha decoración, solo mapas sujetos a la pared, marcados y vueltos a marcar para reflejar los movimientos de las tropas de los faroleros y de las fuerzas generales.

Faerin había pasado mucho tiempo en esa oficina. A veces, por razones positivas; otras, no tanto. Sintió un pinchazo en el interior al pensar que, tal vez, esa sería la última vez que el comandante y ella se reunieran allí.

—¿Está todo bien? —preguntó el Gran Kyron a la vez que rodeaba el escritorio para llegar a su asiento.

—Sí. E-es decir, no hay ningún problema. *En teoría* —empezó a decir Faerin, y después tuvo que carraspear cuando la voz le falló. Respiró hondo.

El miedo era un viejo conocido para ella. Lo había habitado y enfrentado muchas veces, y hasta conquistado muchas más. Pero siempre volvía a levantarse. Era

un enemigo imposible de derrotar. Un contrincante inmortal. Pero, si bien el miedo la empujó a la acción en más de una ocasión, lo que siempre la guiaba era la fe. Y esta vez no sería diferente.

—No hay ningún problema —volvió a afirmar—. Pero me gustaría presentar una solicitud formal. Anduin, Alleria y los demás volverán a la superficie pronto. Y me gustaría ir con ellos.

La mirada que cruzó por la cara de Kyron no fue lo que Faerin esperaba. Se había preparado para enfrentar la decepción del comandante, tal vez incredulidad, o hasta ira, aunque nunca lo había visto expresar ninguna de esas emociones. En cambio, el hombre frunció el ceño con actitud comprensiva.

—Me imaginé que vendrías a hablarme por eso.

Faerin no pudo esconder la sorpresa.

—A-ah... ¿Sí?

—Sí. Hace ya un tiempo que lo esperaba. —Kyron le indicó con un gesto a Faerin que se sentara, y ella obedeció de inmediato—. Después de ver cómo organizaste la defensa no solo de Cristalia, sino de todo Khaz Algar, tu pedido no me sorprende.

Faerin sintió la presión ya conocida del puño que estrujaba su corazón, pero, esta vez, el dolor no se debía al miedo.

—Ser farolera bajo su mando para servir a mi pueblo ha sido el honor más grande de mi vida.

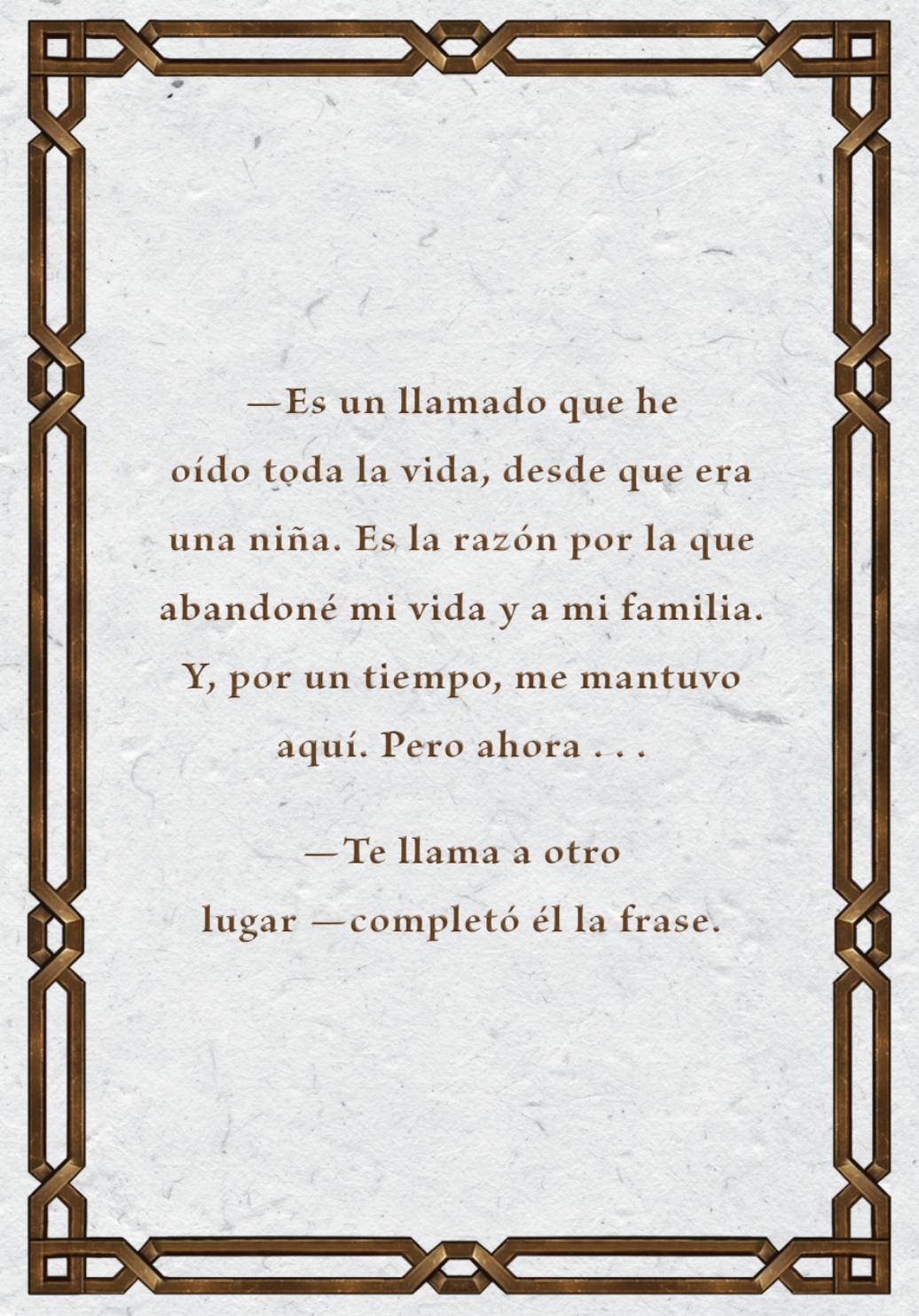
—Pero... —la instó a seguir el Gran Kyron cuando se alargó el silencio.

—Pero hay algo... *más* que debo hacer —terminó ella—. No estoy segura de qué, exactamente, pero sé que hay un deber que tengo que cumplir. Allá afuera. Es un llamado que he oído toda la vida, desde que era una niña. Es la razón por la que abandoné mi vida y a mi familia. Y, por un tiempo, me mantuvo aquí. Pero ahora...

—Te llama a otro lugar —completó él la frase.

Faerin alzó la barbilla y le devolvió la mirada a Kyron, que la observaba con firmeza, pero también con amabilidad. Volvieron a callar, y, esta vez, Faerin sintió que podría ahogarse en el silencio. “*Ahora* viene la decepción”, pensó.

Sin embargo, Kyron solo le sostuvo la mirada unos momentos más, antes de romper el silencio.



—Es un llamado que he
oído toda la vida, desde que era
una niña. Es la razón por la que
abandoné mi vida y a mi familia.

Y, por un tiempo, me mantuvo
aquí. Pero ahora . . .

—Te llama a otro
lugar —completó él la frase.

—Faerin, has sido una de las mejores. Eso no cambiará, no importa dónde estés. He entrenado a muchos faroleros a lo largo de mi vida, y no creo que la adulación sirva más que para arruinar el filo de una buena espada. Pero he visto cómo la fe te trajo hasta aquí. Si la fuerza que te hizo cruzar el mundo y después hundirte en sus profundidades vuelve a llamarte, creo que sería un error no responder. No sé adónde te llevará este camino, pero lo que *sí* sé es que... te extrañaremos.

La sonrisa que transformó la expresión de Kyrion aflojó un nudo de tensión que Faerin no se había dado cuenta que albergaba. Con esa liberación, llegó la punzada de las lágrimas. Su primera reacción fue tratar de luchar contra ellas, de tragarse las emociones para no mostrarse impropia, pero la mirada del Gran Kyrion le transmitió que no sería necesario.

—Qué apropiado es que una de las casas más importantes del imperio esté lista para actuar en un momento como este. Y sin embargo, Cristalia ya no brillará con la misma intensidad —se lamentó con una mezcla de sentimientos.

—Pero la Llama Sagrada nunca deja de arder. —Faerin parpadeó repetidamente para, por fin, dejar caer las lágrimas de alegría y tristeza que hasta ese momento se había propuesto contener.

Kyrion dio por concluida la reunión y Faerin partió para comenzar con los preparativos, lo que incluía su parte menos favorita de todo esto: despedirse.

No le fue difícil encontrar a la mayoría de sus compañeros faroleros congregados donde Meradyth le había dicho. Durante todo el camino a la posada, Faerin se debatió entre hablar con cada uno o decirles a todos a la vez. Al final, decidió que lo mejor sería no demorarse y decirlo de una vez, como si tuviera que acomodar un hombro dislocado.

Apenas las palabras salieron por fin de su boca, todos se quedaron mirando en silencio. Y, de pronto, estallaron los gritos de celebración. Todos la felicitaron y le desearon lo mejor. Unos pocos se quejaron en broma de no poder ir también y, finalmente, decidieron ahogar sus penas colectivas en infusión bendecida. ¿Y por qué no? Aunque extrañarían a su amiga, habían ganado una gran batalla con aliados de todo Khaz Algar. Se merecían un poco de frivolidad.

Sin embargo, hubo un breve momento en que Meradyth apartó a Faerin y le murmuró, con los labios todavía pegados al borde de su vaso.

—Lo sabía.

—Sí —suspiró Faerin, fingiendo fastidio—. Lo sabías.

Meradyth la señaló con un dedo.

—No puedes ocultarme nada. Y aunque esta noticia no me hace feliz, sí estoy feliz *por ti*. Y es un orgullo para mí decir que te conozco y eres mi amiga.

El corazón de Faerin se hinchó en su pecho y sintió cómo la sonrisa le invadía toda la cara.

Meradyth la rodeó con los brazos en un abrazo fuerte y apretado.

—Gracias por tu coraje honesto. Y por todo lo demás.

Faerin la estrechó tan fuerte como pudo. Hasta que llegó el momento de soltarla.

Esa noche dio paso a otro día de despedidas, intercaladas con la tarea de empacar sus escasas pertenencias. Decidió visitar a continuación a la general Golpacero, que enseguida señaló su decisión de partir como un incidente más dentro de su larga lista de comportamientos indeseables.

—Este hábito que tienes de negarte obstinadamente a seguir los protocolos te llevará a situaciones de peligro y yo no estaré ahí para... supervisarte. —No lo dijo con enfado ni con la irritación que Faerin solía despertar en la general—. Aunque últimamente no has necesitado que te salve demasiado —acabó cediendo la general, y dejó caer los hombros con un suspiro.

Fue en ese momento que Faerin pudo vislumbrar a la mujer debajo de la guerrera. Lo agotador que era cargar con el peso de ser responsable por el bienestar de toda una comunidad.

—Yo siempre te necesité —dijo Faerin desde donde estaba, de pie en posición de firmes del otro lado de la enorme mesa—. Sé que volveré a necesitarte en el futuro, pero también sé que me llevo todo lo que aprendí de ti. Tus enseñanzas y tu guía fueron muy importantes para mí. Solo... quería que lo supieras.

Las dos mujeres se quedaron mirándose por un instante. Después, sorprendentemente, fue Golpacero la que se quebró primero. Atravesó el espacio que las separaba y abrazó a Faerin con tanta fuerza que su protegida comenzó a marearse. Faerin le devolvió el abrazo presionando entre los dedos la tela que cubría la armadura de la que había sido su guardiana.

—La fuerza de los arathi brilla en ti—murmuró Golpacero antes de soltarla para pasarse un dedo discretamente por debajo de uno de los ojos. Después se enderezó y asintió—. Ve y muéstraselo al mundo.



El siguiente adiós de Faerin la llevó a los establos, donde un enorme lince echado en la puerta masticaba ruidosamente una pelota infantil abollada que los huérfanos habían perdido o quizá lanzado a los grandes felinos en un intento de que jugaran.

Pasó junto a la criatura, que casi ni la miró y se limitó a seguir masticando, y se dirigió hasta uno de los cubículos del fondo mientras llamaba con un cantito:

—¡Pirozaarpaaa!

La lince de Ryton, que estaba echada descansando, levantó la cabeza. La gran felina, muy acostumbrada a las idas y venidas de Faerin, comenzó a ronronear con fuerza mientras la farolera se acomodaba para rascarle todo el cuerpo.

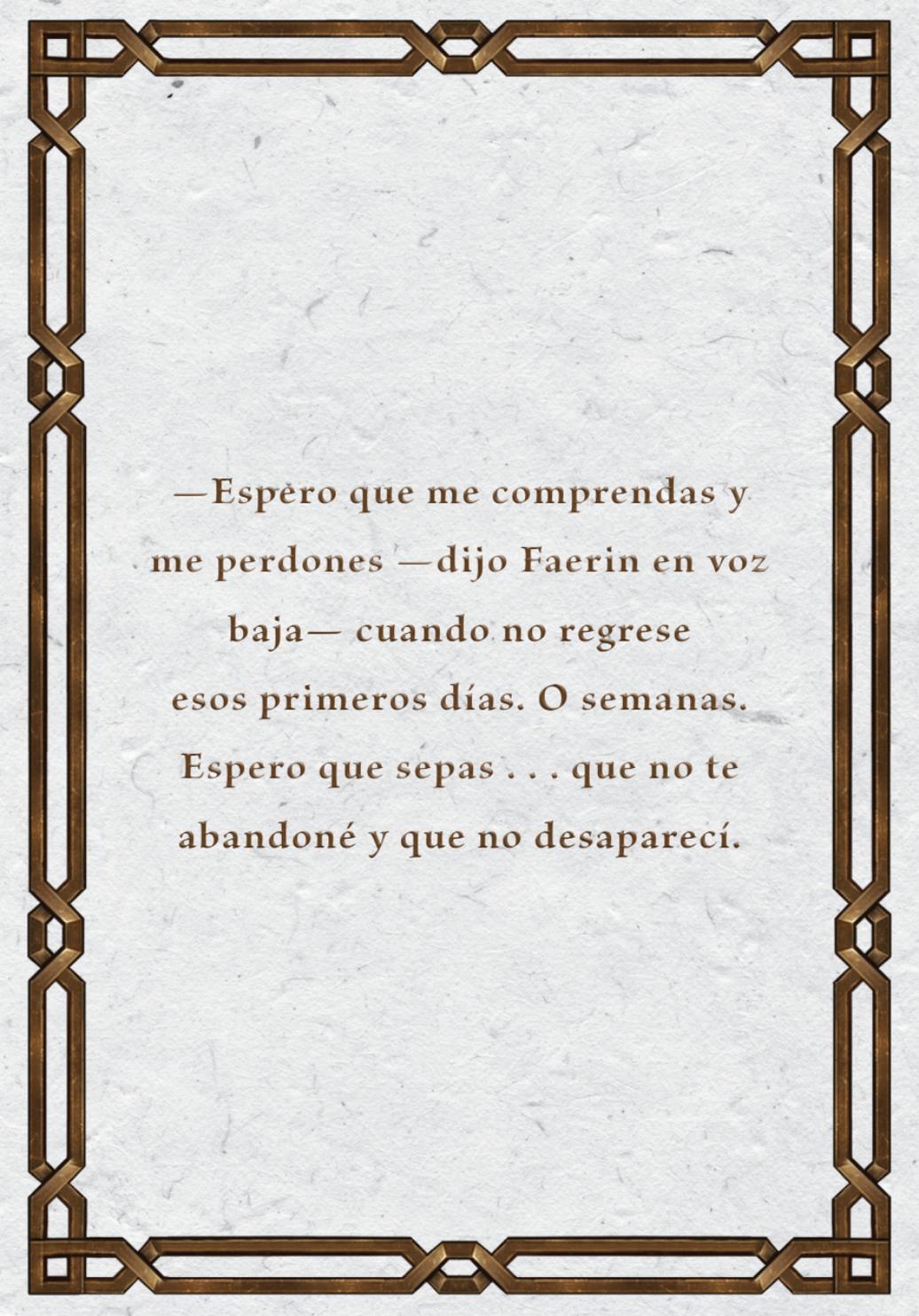
—¿Quién es la gata más bonita? Sí, tú, tú.

A pesar de la aversión que solía demostrar por los gatos, Faerin había llegado a disfrutar la compañía de estas grandes bestias. Tenían una intuición de la que la mayoría de las personas carecía.

—Espero que me comprendas y me perdones—dijo Faerin en voz baja— cuando no regrese esos primeros días. O semanas. Espero que sepas... que no te abandoné y que no desaparecí. —Sus dedos se aferraron a un mechón de piel, y el lince lazó un quejido que la hizo abrir la mano y pasar un brazo por sobre el cuello de Pirozarpa hasta enterrar su cara en el pelaje—. Espero que vivas contenta. Que alguien te siga trayendo pescado fresco y pastos de primavera.

Otra vez sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, pero no lloró. Todavía le faltaba un último adiós e iba a necesitar todas sus lágrimas para ese momento. Así que irguió la espalda contra la madera del cubículo, la cabeza de la gata descansaba sobre su regazo y ella le rascaba detrás de las orejas.

Después de una hora más de mimos y caricias, y al menos tres bocadillos, Faerin levantó su mochila y se la puso al hombro para empezar el lento viaje hasta los terrenos



—Espero que me comprendas y me perdones —dijo Faerin en voz baja— cuando no regrese esos primeros días. O semanas. Espero que sepas . . . que no te abandoné y que no desaparecí.

del priorato. Durante todo el camino, mantuvo la cabeza baja y solo saludó a los que la saludaron primero. Sentía que le pesaba todo el cuerpo, como si tuviera las piernas de plomo y le hubiera caído una piedra en el estómago.

Caminó por los senderos que, hasta hacía unos días, estaban invadidos por el dolor y la sombra, repletos de nerubianos ascendidos que golpeaban desde la oscuridad. La Emisaria había tomado su sede más sagrada de poder, y Faerin, junto con Alleria, Anduin y muchos otros campeones del viejo mundo, habían luchado para expulsar esos últimos vestigios de la influencia del Vacío. Alleria y su gente recibieron la bendición de recuperar a un amigo que habían perdido. Anduin por fin había escuchado lo que Faerin le había estado diciendo todo el tiempo, que la Llama Sagrada no abandona a los que la necesitan. Y, sin embargo, mientras avanzaba por este camino que conocía tan bien, sintió una punzada de dolor.

Era humano, como suele decirse, sentirse así. Experimentar el dolor de la pérdida y el sufrimiento con la intensidad con que se siente la herida de un cuchillo. Pero los arathi, los faroleros, no se detenían en esos sentimientos. Los reconocían, sí, pero hallaban el valor y la fuerza para seguir adelante.

Khadgar, el amigo de Alleria, había vuelto a la vida y, no por primera vez, Faerin se preguntó *por qué sus amigos no*. ¿Por qué no Ryton, o Andari, o los padres de Molly, o cualquiera de los demás que habían partido a pesar de la labor de todos los faroleros?

Hizo a un lado esos pensamientos cuando llegó a su destino, una colina de roca cerca del puente que conducía a los Campos Diáfanos. Faerin se quedó inmóvil, apreciando la vista, escuchando el crujir del molino de agua que tenía detrás, mirando las aeronaves que pasaban sobre su cabeza. Este había sido uno de los lugares favoritos de Andari y ella. Lo visitaban en los breves momentos de respiro para jugar ronda tras ronda de Gambito de la Luz o sentarse a hablar, no por asuntos de los faroleros o de la guerra, sino por la amistad que compartían.

En ese momento, consciente de que era posible que nunca volviera a pisar ese lugar, Faerin sintió la presencia de Andari cerca, como si estuviera a su lado. Apretó con fuerza las dos piezas nuevas de Gambito de la Luz que traía en la mano, recién talladas y pintadas, y dio rienda suelta a las lágrimas que había logrado mantener a raya durante días.

—Daría lo que fuera por que estuvieras aquí —sollozó Faerin al viento, con la cabeza gacha y el brazo cruzado sobre el estómago, abrazándose. Le dolía la palma al sujetar las piezas de madera, que se le estaban clavando—. Una parte de mí sabe que, de ser así, tú misma empacarías mis cosas y me echarías. Tal vez... hasta vendrías conmigo. Tal vez yo te lo pediría.

Dejó escapar una risa suave y dio un paso para arrodillarse sobre la hierba. Estiró la mano para dejar allí las piezas.

Rozó la tierra con los dedos y pensó en todo lo que habían vivido, el tiempo que habían compartido. Su sacrificio. Su valentía.

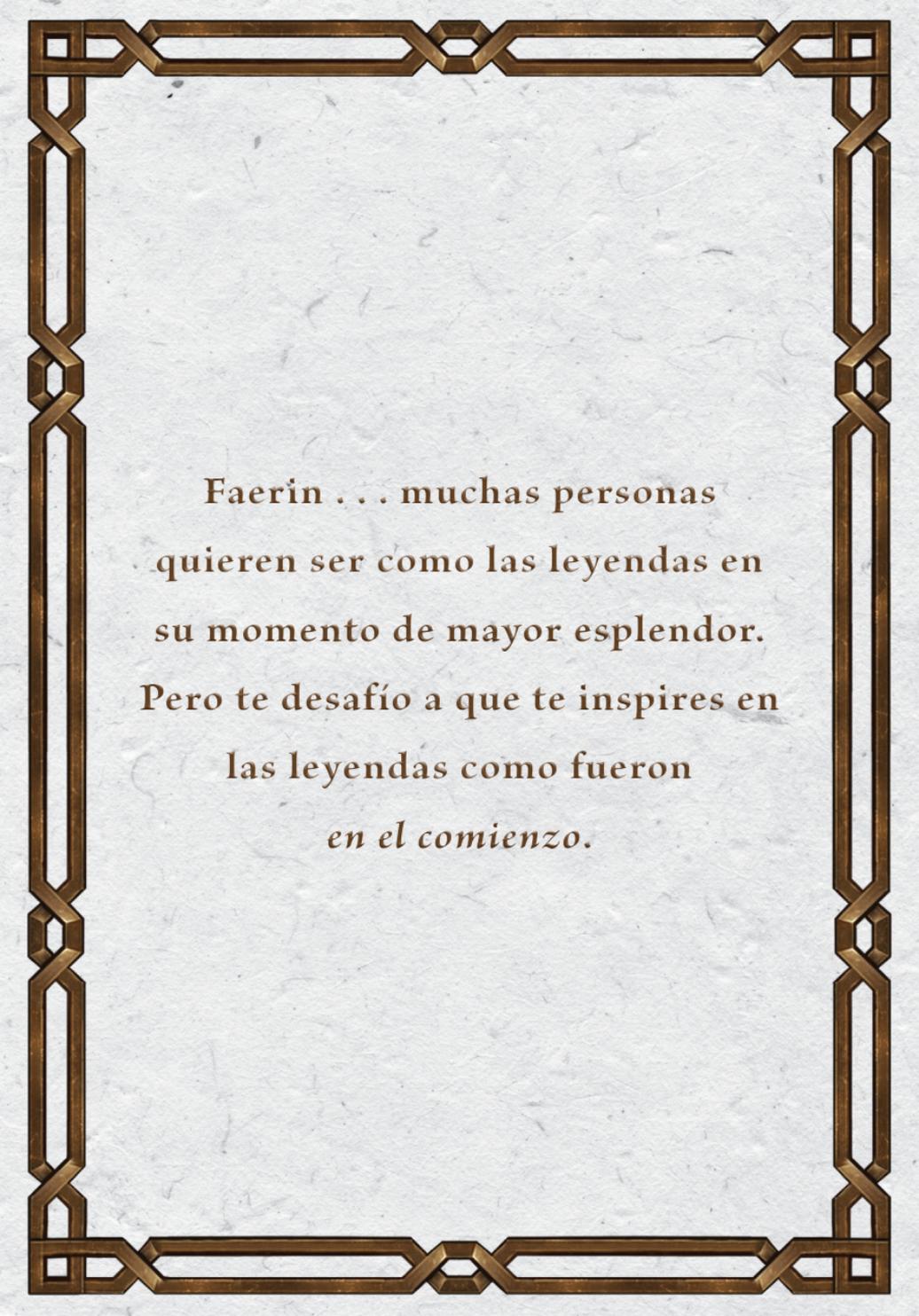
—Siempre te llevo conmigo —susurró Faerin—. Tu recuerdo es la luz que ilumina mis pasos. Cuida a todos por mí. Protégelos cuando yo no pueda. Que la Llama guarde tu espíritu.

Con la vista nublada, se levantó sobre piernas temblorosas y dio media vuelta.

Cada paso se sentía más pesado que el anterior, pero también más liviano. Había llegado la hora de la verdad. Y, si bien sabía que este era su destino y que el proceso había sido más sencillo de lo esperado, no hacía más que resaltar el profundo dolor que le producía dejar todo atrás. Extrañaba a Ryton, quien sabría qué decir o hacer para reconfortarla. Extrañaba a Andari, quien la habría ayudado a procesar todo con una partida de Gambito de la Luz. Una cosa era saber cuál era el camino a seguir, pero otra cosa era recorrerlo. Y recorrerlo sola...

A menudo se había preguntado si la reina Craishae habría extrañado a las personas que dejó cuando se embarcó en su travesía para salvar al mundo, sabiendo que quizá jamás regresaría. Cuando se bañó en las aguas ardientes y todo lo que había sido se redujo a cenizas.

“Claro que la extrañó”, le había asegurado Sygfraed una noche cuando finalmente le preguntó, después de haberse pasado días enteros pensando en las similitudes entre esa historia y la de ella. El hombre había fruncido levemente el ceño. “Pero el sacrificio no es algo a lo que se aspira. Es algo que se acepta. Craishae luchó para vivir, y vivió con plenitud para honrar a los que cayeron antes que ella. Faerin... muchas personas quieren ser como las leyendas en su momento de mayor esplendor. Pero te desafío a que te inspires en las leyendas como fueron *en el comienzo*”.



Faerin . . . muchas personas
quieren ser como las leyendas en
su momento de mayor esplendor.
Pero te desafío a que te inspires en
las leyendas como fueron
en el comienzo.

Y así como Craishae había comenzado su leyenda llena de esperanza y determinación, Faerin sintió el mismo ardor en su interior. Y era esa llama la que le permitía alejarse, paso a paso, del lugar especial que había compartido con Andari, de los recuerdos de Ryton, de los faroleros, del establo y de Pirozarpa, de la general Golpacero, del orfanato y de los niños que allí vivían, y de Sygfraed, de quienes no podía despedirse. Imposible. Con un poco de suerte, cuando pensaran en ella, los pequeños sabrían que se había ido a vivir una gran aventura, como las que siempre les leía. Y quién sabe, con el tiempo, tal vez pudiera traerles nuevas historias, esta vez sobre ella.



No era la primera vez que iba a Dornogal, pero esta vez se sentía diferente. Quizás el cielo parecía más diáfano ahora que no tenía la seguridad de que iba a regresar a su hogar subterráneo. Tal vez el aire se sentía más puro ahora que sabía que iba a abandonar estas tierras que conocía tan bien para explorar lugares nuevos.

Por el motivo que fuera, aceleró el paso ahora que se acercaba al grupo de personas que harían el viaje al viejo mundo a través del portal. Sentía la emoción latir en sus venas; ardía de manera similar, y a la vez muy diferente, de la Luz, que también zumbaba con ansias en su interior.

Vio a Anduin entre la multitud y, cuando se acercó a él y vio que sonreía, se le dibujó una sonrisa en el rostro. Parecía... más brillante, menos pesado de un modo que ella conocía bien, pero no podía explicar.

—¡Faerin! —exclamó—. Ya me estaba preocupando. No sabía si, bueno...

—¿Si me había arrepentido y ya no quería abandonar a mis amigos, mi juramento y todo lo que conozco para lanzarme a un mundo nuevo? —le preguntó con una ceja arqueada que esperaba fuera solo *un poco* acusadora.

La sonrisa de Anduin se apagó y Faerin sintió que la risa le invadía el cuerpo. Soltó una carcajada y le dio una palmada en el hombro.

—Tranquilo. Iré. Con la bendición de todas las personas que quiero, y mi eterno agradecimiento por lo que me enseñaron.

El alivio que iluminó la cara de Anduin le resultó igual de divertido que su reacción anterior.

—¿Es que te entendería! Si hubieras... cambiado de opinión, quiero decir. Aunque soy consciente de que te estoy diciendo esto cuando yo mismo acabo de volver de mi aventura por el mundo.

—¿Y fue lo que necesitabas? —preguntó Faerin con un atisbo de duda—. Me refiero a la aventura. ¿Encontraste lo que buscabas?

Se hizo una pausa y Anduin frunció el ceño, bajó la mirada un momento y volvió a mirarla a los ojos mientras sonreía con suavidad.

—Sí.

—Faerin —Jaina Valiente se acercó y se detuvo al lado de Anduin, a quien miró antes de dirigir la mirada a ella—. Me alegra verte. Anduin temía que no llegaras a tiempo.

—Ah, ¿sí?—preguntó Faerin con una sonrisa burlona, mientras el rey parecía haber perdido el habla un momento.

Anduin se aclaró la garganta.

—Solo me preocupaba que tuvieras que atravesar el portal sola. No sé si ya has viajado por medios mágicos, pero puede ser bastante confuso la primera vez. No quería que tuvieras que pasar por eso sola.

Jaina sonrió, burlona, y no dijo nada más al respecto; su mirada decía todo.

—Como sea, me alegra que estés aquí, y que Anduin por fin pueda ponerse en mis zapatos.

—¿Perdona? —preguntó Anduin, superado el momento de nerviosismo.

—Ahora sabes lo que se siente tener que andar atrás de un noble testarudo proclive a hacer lo que le da la gana e ignorar lo que le aconsejan.

Anduin dejó escapar un resoplido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sabes muy bien lo que quiero decir, *Jerek*.

El cuello de Anduin se puso ligeramente colorado, pero nadie lo comentó porque Jaina tuvo la gentileza de cambiar de tema.

—Faerin, deberías saber que costó un poco convencer a Danath de que te dejara

venir. Están... sucediendo muchas cosas en casa de las que tendrá que ocuparse casi de inmediato, y nosotros también. Pero no te preocupes: estarás en las mejores manos y nosotros estaremos ahí si nos necesitas.

Faerin asintió, con la sonrisa todavía en la boca de las bromas anteriores. Tuvo que admitir que era una decepción saber que no iba a ser Anduin quien le mostrara más del viejo mundo; después de todo, había sido él el que más historias le había contado. Pero comprendía que Anduin tenía responsabilidades que atender, ahora que regresaba a su hogar y teniendo en cuenta que nadie sabía dónde estaba la Emisaria.

Después de agradecerle a Jaina, que ahora se alejaba, volvió su atención a Anduin, con una sonrisa ligeramente más alta de un lado que del otro.

—¿Jerek?

El rey tosió incómodo, y el rubor que había empezado en su cuello le llegó a las mejillas. Se volteó y miró a todos lados, menos a los ojos de Faerin. Era adorable.

—Esa es una historia para otro momento, creo. Ahora estamos por irnos. ¿Dónde está Danath?

Como si la sola mención de su nombre lo hubiera invocado, Danath Aterratorls —un rey entrado en años y un guerrero curtido, cansado de la lucha pero siempre listo— emergió del grupo que estaba ahí reunido. Se acercó a Anduin y le hizo una reverencia, que el joven respondió también con una inclinación, y luego se dirigió a Faerin.

—Tú debes ser la farolera Lothar. —Danath le tendió la mano, y Faerin se la estrechó—. Es un honor conocerte.

—Lo mismo digo. —Le dirigió una última mirada a Anduin, que ya parecía recuperado.

—Espero que el viejo mundo esté a la altura de tus expectativas —dijo Danath.

—En verdad, no sé qué me espera —admitió Faerin. El viejo mundo era desconocido para ella, lleno de nuevos peligros y maravillas por igual. Pero la historia de la reina Craishae todavía resonaba en su corazón, y ese impulso que sentía en su centro era suficiente para aplacar cualquier duda. Ese era el llamado al que respondería, tal como había hecho su antepasada. Si no sabía algo, se dejaría guiar por la Llama Sagrada. Enderezó los hombros y alzó la barbilla—. Pero estoy ansiosa por descubrirlo.

ACERCA DE LA AUTORA

Considerada una de las 100 autoras afroamericanas más influyentes por *The Root* y BET, Leatrice "Elle" McKinney, que escribe como L.L. McKinney, es una gran defensora de la igualdad y la inclusión en el mundo editorial y la creadora de los hashtags #PublishingPaidMe y #WhatWoCWritersHear, utilizados para fomentar la conversación online sobre la diversidad y la desigualdad en la industria editorial.

Elle ama los cómics, el anime, los videojuegos, la ciencia ficción y la fantasía, y trabaja para lograr una mayor representación en estos medios, que refleje mejor el mundo diverso en el que vivimos. Fanática acérrima de HeiHei, vive en Kansas y pasa su tiempo libre con su familia o acosada por sus gatos: Sir Chester Fluffmire, Boopsnoot Purrington, Wigglebottom, Flooferson III, escudero, Barón de Butterscotch, y Lord Humphrey Blepernicus Zoomerson, Wailingshire, Toboceans, Chirpingston IV, Destructor de Cosas que Amo. O Chester y Humphrey, para abreviar.

Su obra incluye la saga Nightmare-Verse, la novela gráfica premiada *Nubia* de DC, *Black Widow: Bad Blood* de Marvel, y mucho más.